



Brazo de portada

Sergio Fernández (México, D.F.) es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Autor de una amplia producción ensayística, entre la que sobresale Esbozo para una estructura interna del Quijote (1993), Sergio Fernández es reconocido también como un excelente prosista. Su producción narrativa consta de novelas como Los peces (1968), Segundo sueño (1976) y del anecdotario Los desfiguros de mi corazón (1983). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores en la categoría de Investigador Emérito y Profesor Emérito de la UNAM.

Por lo que toca
a una mujer

Sergio Fernández

Por lo que toca a una mujer

ALFAGUARA

POR LO QUE TOCA A UNA MUJER

1995, Sergio Fernández

1995, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.

Av. Universidad 767, Col. del Valle

México, 03100, D.F. Teléfono 688 8966

• Ediciones Santillana S.A.

Carrera 13 N° 63-39, Piso 12. Bogotá.

• Santillana S.A. Juan Bravo 38. 28006, Madrid.

• Santillana S.A., Avda San Felipe 731. Lima.

• Editorial Santillana S.A.

4th, entre 5 y 6, transversal. Caracas 106. Caracas.

• Editorial Santillana Inc.

P.O. Box 5462 Hato Rey, Puerto Rico, 00919.

• Santillana Publishing Company Inc.

901 W. Walnut St., Compton, Ca. 90220-5109. USA.

• Ediciones Santillana S.A.(ROU)

Boulevard España 2418, Bajo. Montevideo.

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Beazley 3860, 1437. Buenos Aires.

• Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.

Pedro de Valdivia 942. Santiago.

• Santillana de Costa Rica, S.A.

Av. 10 (entre calles 35 y 37), Los Yoses, San José, C.R.

Primera edición en México: julio de 1995

Primera edición en Vintage: octubre de 1995

ISBN: 968-19-0247-5

Diseño: Proyecto de Enric Satué

Cubierta: Carlos Aguirre

Foto de cubierta: Gerardo Suter

Impreso en México

This edition is distributed in the United States by Vintage Books, a division of Random House, Inc., New York, and in Canada by Random House of Canada Limited, Toronto

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Para Mauricio González de la Garza

Omar:

Ahora que estás muerto escribo para ti estas notas porque, pasados los años y al revés de lo que yo pensé, el recuerdo no parece esfumarse. Al contrario, por momentos se recrudece en forma artera y dislocada, de modo que las riendas y el látigo no pueden controlar al caballo. Por ello, para salir de ese pantano en el que hay remolinos, me encaro a ti, para provocarme a mí misma.

Te espí; te tuve celos -¡qué fácil es decirlo ahora! no obstante que fuiste un hombre poco atractivo, más bien silencioso, enfermo siempre, con una pizca de agonía en la mirada: un ser histérico aun cuando serlo sea, supuestamente, un rasgo femenino, lo cual te dio un aire indolente pero al mismo tiempo suplicante, con algo de pobreza en el alma hasta que, con tales armas y sólo con ellas- llegaste a donde quisiste, ya a la puerta de la casa a la que deseabas entrar, ya a la cabecera de la cama de aquel a quien pediste lo que no te negó debido a tu discreción sinuosa y falsa.

Conmigo fuiste otra persona, más encarnada, menos menesterosa, más lejana también, pero no me engañaste. Como si se tratara de una invasión, me vi forzada a ceder mis terrenos y entonces me enseñé a pelear por lo que consideré que era mío, ingenua, como si algo aun cuando una parte ínfima, del total- nos perteneciera. En mi lucha, sorda y obviamente privada, tuve deseos de aniquilarte. También mi orgullo estuvo al quite, en tanto que me vi maltratada, burlada, qué sé yo. Y me ofusqué y trastabillé y cómicamente -como

si por travesura alguien me echara un cardillo en los ojos di pasos atrás, en mis propias tinieblas, que por eso empezaron a teñirse de luz viendo, paradójicamente, sucesos espantosos.

Pero como aquel año, igual que todos, pasó de repente ahora, con calma, me repito que estás muerto -no del todo, ya que habitas en lo turbio de mí; me lo repito, Omar, para darte mi versión de los hechos. El grito de protesta me hace falta para completar algo que, de no cumplirse, me resultaría insoportable. Por eso te confieso que al final de la lucha fuiste tú quién lo dijera el vencedor mientras yo, en cambio, rodé para después de la caída quedar igual, si así puede decirse, a la que ahora soy, una mujer moralmente torcida: primero por mi pasividad e indolencia; después por mis arrebatos de ira y por la construcción, piedra a piedra, de lo que llamamos soledad. Por eso -¿a qué decirlo?- me siento inacabada; por eso, también, hablo contigo ya que en vida nos encontramos poco, ya evadiéndonos, ya acechándonos cada quien a su modo, rodeados, al mismo tiempo, de huecos, de fugas, de malentendidos, de verdades enmascaradas, de chismes, de nauseabundos consejos que a la larga si algo prohicieron fue precisamente el rencor. Como las enfermedades crónicas lo nuestro pasó sin sentirse, casi con afiebrados atisbos de bienestar: lo más dañino que nos pudo pasar a todos, contando a tu mujer, naturalmente.

Fue, lo sabes bien, un entendimiento a base de sospechas, de miedo -de mucho miedo. Y si por tu parte hubo silencios, por la mía hubo robos, más robos y silencios, también. Robos ¿lo oyes?, algo muy parecido a la traición, porque los silencios, Omar, son otra cosa: se trata de largos o breves espacios que yacen horizontalmente, como cansados de vivir. O como el cementerio, donde tu tumba familiar, en Tepic -con una enorme lápida- se ve desde la entrada

misma. Todo me lo contó la Nena, que te fue a visitar y a llevarte en mi nombre unos nardos para que se supiera, no faltaba más, que amamos a la misma persona. Allí se trasladaron después de tu velorio en México; allí te sepultaron con tus ínfimas alegrías, ay de ti, ya marchitas, tanto, como lo estuvieron en vida.

Se trata de humor negro, ¿verdad? Pero entre nosotros todo, ahora, está permitido porque en vida sólo tuvimos (yo, al menos) que contemplar un amor frustrado y leer tus míseras cartas anodinas. Pero escúchame, Omar: para mis propósitos, que no llegan a muchos, habré de cambiarme de nombre, pues de otra manera infame a Romano, por quien sigo teniendo -pese a todo una nada secreta debilidad. También me ingeniaré en hacer legibles estas notas que son para mi y, acaso, con el tiempo, para recrearme en las confesiones que para un muerto -a macha martillo- cubren estos papeles. Duele decirlo, ¿sabes? Y más aún si esto quedara en quienes tuvieran interés -para mal-en nosotros; o en las manos de mi ex-marido, tan inteligente, tan ramificado, tan oscuro e incierto.

Por eso he de cambiar verbos y verbos ya que el pasado hecho de carne y tiempo- sólo a los vivos pertenece mientras tú, en cambio, yaces en un espacio gris, fétido y fértil, según suelen decir quienes atestiguan de olvidos, esqueletos, rencores y polvos esparcidos por el cementerio.

Deberé alterar fechas, suprimir o cambiar algunos acontecimientos. Tergiversaré no únicamente el mío sino los nombres de aquellos que estuvieron en mi camino para mi bien o mal; o diré mentiras que, si de algún modo perturban la realidad, me favorecen porque ante mí misma deseo disculparme o asumirme, pero no quedarme en los medios. ¿No te parece que mi mediocridad -la de siempre-debe romperse gritando que estoy aquí para cobrarse una venganza? Entonces

quizás dejaré de cocerme a medias tintas y a la par estaré con la gente que, cuando estuvimos casados, rodeó a Romano en Rinconada, como si se tratara de un salón del Renacimiento florentino.

Tal vez llegara a redimirme, pero no sabría decir ante quién. No temas: no te descubrirán. Seguirás en tu anonimato, al que has amado por encima de todo ya que tu cobardía jamás te permitió ser un hombre cabal, seguro y firme, de los que no aparecen en la existencia de una mujer como soy yo.

Por eso estas notas (diario, memorias de una solitaria aún rabiosa) aparecerán escritas como si fuera, éste, el momento mismo de los hechos, pero la verdad es que poco a poco he ido puliéndolas porque ¡cómo cuesta redactar una frase, poner puntos y comas, cuidar la ortografía! Así y todo lo sé son borroneos que por sinceros los valorarás mejor que nadie, aunque eres escritor de oficio que, como todos, se tienen en un pedestal. Te repito lo que ya sabes, que sólo hubo odio entre nosotros pero no cara a cara, tanto menos ahora, situado ya en un páramo donde como nadie te exige amar, te sentirás completamente a salvo de tu sensibilidad, tan dañada.

Pero mis nardos no son únicos, ya que también existen, en un vaso de cristal, docenas de azucenas que alrededor de una horrible cruz de mármol misteriosamente te cambian semana a semana. Es alguien que aún te ama, pues están frescas como si las acabaran de cortar. ¿Será el propio Romano, que las manda pedir a alguna florería de la localidad?

¿Logras oírme? ¿Puedes sentir el rencor que aún te tengo? Se trata, como sabes, de un sentimiento congelado, del que Romano nada sabe, como no ve, tampoco, la línea que como flecha va de mí hacia ti directamente, sin importar lo lejana que esté, traspasando con eficacia unos metros de tierra, tres, para decirlo con exactitud. ¡Ah, cómo detesto lo que escribo! Me

daña, me hiere y me perturba. Pero me lo he impuesto como una obligación, aunque la tarea sea subterránea y sofocante.

Corren los años setenta. El sitio da igual, ya que puede ser México o tu Nayarit angustioso, o la Guadalajara de Romano, ciudad a la que tanto ha detestado. Por eso elegiré tu tierra natal porque allí nace gente como tú, enferma de miedo porque la vida también de cobardía se nutre; y entre angustia, odios y amores vedados se formará el corro que yo deseo escuchar. Por eso cuando brota el terror, debemos conservarlo en un nicho para que diariamente, al consultarlo, nos haga saber de qué sitio del corazón proviene.

Pero no, me arrepiento. ¿Cómo hablar de un pueblo en que el solo habitante es el aburrimiento? ¿Cómo urdir allá lo que aquí, en esta ciudad cochambrosa y espléndida, ha acontecido? Se necesita un sitio como éste, medido por cientos de kilómetros de miseria, a la que no perteneciste porque medraste pronto hasta un nivel intelectual y artístico mediano, lo cual no te llevó a comprender ni la literatura ni la vida. Y como robé tus cuentos yo, únicamente yo, sabré hasta cuándo emergerán de la oscuridad en que están.

Por eso prefiero elegir esta ciudad, porque aquí se hurta, se mata, se trafica con drogas. Pero también se tiene, en forma desproporcionada, una vasta cultura que pocos aprovechan porque pocos son los que, informados, llegan hasta ella; pero también por su amplitud, pues lo que se abre siempre está lejos, lejos de todo, sobre todo para nosotros, los que vivimos en la parte alta de San Ángel. Se requiere estar en el centro de la ciudad y en algunos sitios del sur para utilizar lo que ofrece por más que la cultura se siembre en cualquier barrio, por marginado que se halle.

no tengan censura. Tampoco se dan en maceta seres como tú, ni como Romano, ni como Amanda, a menos que sus vidas corran por debajo del agua, para que nadie los atrape.

Por eso yo, que no me comparo con los hombres, ni con una lesbiana como ella, deberé sobresalir, se quiera o no, con estas cuentas que por escrito hago para que sepas bien quién soy. Hacerlo, aunque mal, me reconforta. De este modo a mí misma me prometo que mis palabras alentarán a muchas mujeres que se embozan por un adulterio o son agazapadas, traidoras, parásitas, falaces.

¿Estás de acuerdo o quieres otros nardos, unos negros que te ponga a los pies, en esa lápida amarga que te colocaron en forma de rectángulo?

El día que elijo para comenzar es más bien frío, nervioso, alterado por un paisaje que, desde la parte superior de la casa, parece de mentiras, pues los árboles, sin raíces, encajan sus troncos en la niebla. Camino por la senda humedecida arriba de la terraza alta -como mi marido la llama-, fatigada y con los zapatos tenis llenos de lodo. A mis pies está un pájaro que ha caído del nido. Lo levantó. Boquea siniestramente. Intento calentarlo pero de asco lo pongo encima de una maceta con geranios. Luego me desentiendo y antes de entrar llamó a Valentina, que corre sin parar, confundida con su libertinaje y su alegría.

Es una hermosa perra, pero su dueño es él, Romano, de modo que si ahora regreso de pasearla es porque fue con Luis Barragán a una asamblea de arquitectos y me pidió que la sacara, como todos los días, al campo. ¡Qué fastidio con los animales! Dime, ¿fuiste tú quien se la regaló? ¿O habrás de seguir conservando para ti un secreto tan insignificante?

Sí, se la diste porque sabes que la quería -una

imagino en los paseos matutinos, cuando la ves comer entre las hojas muertas, cuando más que un galgo parece el viento haciendo trueques con el paisaje, asaltándolo después por enteros. Parece una mentira, pero me sé tu correspondencia de memoria. Es linda, es tramposa como lo son tus cuentos, los que le dedicaste a él ya que en él, obsesivamente, pensaste los últimos años de tu vida.

Por la terraza alta-la más alta de todas pasan unos pájaros azulosos y grandes, de cola may abierta, de esos, Omar, que existían cuando tú; de esos que, cotto tú, hace ya tiempo dejaron de volar en las inmediaciones de la casa de Rinconada 100, llena de encinas y oscuras con líquenes y hongos verdosos prendidos a sus troncos y que logran, del paisaje, algo sonámbulo árboles y yedras que caminan de noche.

Tú, que con tanta frecuencia la visitaste, opinas como yo que es una construcción muy bella, aparentemente confusa por la escalera que por el monte baja y sube como si a sí misma se pesara la cola, larguísima, incómoda, de tal modo que Romano indica que hay que respirar solo con la nariz, mojándose, al mismo tiempo, los labios con saliva. El-lo se-t recibía en la biblioteca, tan aislada y sola, aun cuando a veces, sobre todo al principio, subías de paso a saludarme diciendo siempre que tu trabajo te impedía quedarte a tomar un café, o una copa, para no mencionar una cena porque te sentias mal por dentro, prematuramente arrepentido. Dejé a la perra en la terraza y, sin saber por qué, contempló una araucaria que sembramos afimos, antes de casarnos, a Chicago. El árbol es ahora alto y fuerte, negro y solo, no como yo, sola y debil, tanto, que necesito escribir para decirte muchas cosas que me aliviarán aunque yo misma, en este juego, salga a la postre perjudicada en mis recovecos, espejos casi fieles

de Rinconada. Aquí el enredijo de la casa tiene -lo sabes bien-más de cien escalones que reptan sobre el cerro además de los muchos que comunican estancia con estancia. Pero no: no se trata del mío sino de un autorretrato de Romano, que se empeñó en hacer un nido de águilas a muchos miles de altura sobre el nivel del mar; nido que le sirve para vigilar, como si así se preservará el orden de la vida.

Ahora Omar, pienso convidarte a bajar conmigo parte de esta escalera, sinuosa, que va hasta el comedor. Ven, pasa, siéntate. Todo está igual a cuando tú venías: la repisa de madera soportando dos tallas africanas y arriba, colgado sobre la pared blanca, un Carlos Mérida que compró Romano con enorme esfuerzo.

¿Te gusta la pintura? Dímelo, porque nunca lo supe. Si he de sincerarme sólo te conozco a través de tu correspondencia, tus telefonemas y si eso es conocer por medio de la chillona voz de tu mujer cuando hemos coincidido en alguna visita o en alguna ocasión en que le hablé a Romano; pero cuando él quiso comunicarse contigo, te negó siempre, tal vez para que ni él ni otro ninguno osara raptarle a su marido, seguramente tan eficaz dentro del lecho. Hoy es precisamente un 22 de enero, mes de muy bellas lunas, pero altanero y ociosamente largo. Estoy de mal humor: las cosas no salen como quiero pero lo que me molesta, más que eso, son las insignificancias que me salen al paso. Además del plomero (a quien tuvo que llamar Sofía), mi coche está con el mecánico pues a nuestro regreso de Valle de Bravo nos dejó tirados al salir del pueblo. Pero me siento, además, harta de todo, Omar, harta de todo. ¿Puedes creerlo? ¿Por qué, si no soy fea? ¿Por qué si tengo un auto, dos sirvientas, mis clases de francés en la Preparatoria y un marido que espléndidamente me hace el amor? ¿Será porque tú estuviste siempre de por medio? Y yo, ingenua, jamás sospeché de tu poder hasta que no hubo otro

remedio que encararme a un presente que me arrebató, de ser una mujer casada, a configurarme en una solterona sin horizonte alguno. Mírame: tan ingenua y tan, tan vanidosa como para pensar que Romano, en su delirante búsqueda de realizaciones, me tenía únicamente a mí para solícitamente compartirlas.

Pero no puedo seguir más allá sin aclararte lo que siempre supiste: que ha sido cuesta arriba, aunque enriquecedor, vivir con un marido tan sofisticado y solitario, tan inteligente al propio tiempo. Pero es un ser deforme: su joroba es Mago, Maguito, que no se da por enterada de las exigencias emotivas de su hijo. Ella, tan pequeñita y frágil, va y viene todo el día, sin descanso: se baña diariamente, desayuna, se maquilla de rosa las terribles mejillas arrugadas y se queja de que no se la atiende. Y mangoneando a Sofía y a Gloria se pasa la mañana esperando a que su hijo idolatrado regrese de revisar sus obras de la iglesia -tan importantes- pues aunque está casi lista le faltan detalles de las torres, que por eso le quitan muchas horas del día. Pero yo no le creo cuando, a mediodía, comemos juntos. ¿A quién ve tan temprano? ¿Tienes idea de con quién brega a esas horas del día? ¿O es que nunca sé qué hace la gente cuando yo duermo aún?

Sé que no puedo: sé que no la soporto. No, aunque se encierre en su recámara, viendo televisión o leyendo el periódico, pues se informa de política, lo que no deja de ser divertido. Maguito es una espía. Traspasa muros: es un fantasma, como tú, que me persigues sin cesar. ¿Qué? ¿Reconoces la sala? Mira: el cuadro de Los peces, de Dalí, regalo de Amanda, su íntima amiga, quien se lo trajo de Londres a tiempo de pensar, ya desde entonces, en traicionarlo arteramente, tal como ella únicamente suele hacerlo: en sigilo, cortando las cabezas cercén a cercén. ¿La

se quedó años, haciendo un doctorado, lo que le permitió una vida holgada, poco misteriosa -descarada, tal vez- con una gringa, una tal Linda, de la que dice estar perdidamente enamorada.

Pero pienso que no es éste el momento de contarte lo que entre nosotras sucedió. Te adelantaré, sin embargo, que es una mujer sin escrúpulos, atractiva, irónica, tramposa, un personaje, en suma, más que una persona. Años después me doy cuenta de que es arriesgado su trato, enmascarado de amabilidad y cortesía; de afecto y escrupulosidad amistosa. ¿Sabes? Su cuerpo se unta en lugar de caminar; desgarrado, decorosamente vestido, viejo ya, antes de tiempo.

Amanda es práctica, es artera: en su telaraña -aun cuando sus víctimas sean las mujeres caen también hombres a los que seduce con mimos, con regalos de todos, como a mi marido, que tanto tiempo se resistió a su encanto. Yo en cambio caí en su trampa no obstante que para una mujer es fácil combatir a otra. Se trata de una costumbre inmemorial porque o nos envidiamos, o nos odiamos, o hacemos corro para luchar contra los hombres, a quienes venceríamos si no fuera porque somos nuestras más coléricas, nuestras más eficaces enemigas.

Me ocurre, por ello, que sin desearlo compito con Clara, con Lidia, con Carmela Conde, parte de un cuarteto de Canasta que hacemos los lunes, a horas en que Rinconada pareciera pertenecerme por entero pues Maguito se retira temprano y Sofía le lleva la merienda a la cama. Pero la lid es con ella, que a los ochenta toma sus tequilas a diario, ve las noticias y no deja de sentirse la dueña de la casa. Es un asco no morir a tiempo, recargada en su hijo y arrinconándome, a mí, que nada puedo contra ella, pues su escudo es obviamente mi marido. En cierta forma desde que regresamos de Chicago, de donde no deberíamos haber vuelto estoy casada con los dos. ¿Te das cuenta de

mi situación, ya creada en lo deforme aún antes de que aparecieras?

Pero ¿cómo transformar mi vida? ¿Cómo cambiarme a mí misma, si estoy inacabada? Sin embargo ahora, en esta estancia donde el paisaje, turbio, a lo lejos desmadeja a la ciudad con una luz grisácea, me siento una mujer privilegiada. Nada me toca; mis quejas son fruslerías y a no ser porque me he impuesto escribirte, me sentiría libre, como si no estuviera casada; como si una vieja estúpida y ñoña no me atisbara y el futuro me sonriera ampliamente, con un gran gesto de amistad... y dinero.

Pero mi privilegio es relativo: mi posición, de desahogo, está sujeta a un marido que me proporciona comodidades por las que pagó un alto precio. Y aquí, precisamente recargado en la repisa de la estancia, te vi por vez primera, tan limpio y elegante siempre, con tus zapatos de pécarí, con tus camisas cortadas a la medida y los trajes de casimir importado, que tu íntimo amigo, Raimundo, te confecciona en su taller, el mismo al que va mi marido. Lástima de tu estatura, porque nada te luce, bien lo sabes tú, que prefieres no estar de pie y te desplazas rápidamente, como si así tu cuerpo se disimulara.

Pero éstas son fruslerías ahora, cuando el esqueleto, que es lo que más dura, se halla enterrado a perpetuidad, como si a perpetuidad, vaya ironía, se subsistiera después de la muerte. Pero yo me aprovecho y, como ves, aun sin perpetuidades te escribo a manera de una confidencia. Es el recuerdo y no tú el que me presiona para decir, ya, lo que sea, porque el tiempo se va y la vida se come a la vida. Por eso, Omar, debo aclararte que tengo 27 años y un marido al que intuyo con tendencias extravagantes, que van por el lado de una sexualidad muy amplia. ¿Me explico? ¿O las conoces tú mejor que yo?

Si deseo que me entiendas debo matizar. Él es... ¿Cómo decirlo?, suave, de exquisitas maneras, con la